

Domingo XXIX durante el año - Lc. 18, 1-8



“La condición de los pobres representa un grito que, en la historia de la humanidad, interpela constantemente nuestra vida, nuestras sociedades, los sistemas políticos y económicos, y especialmente a la Iglesia”.(D.T.9)

Así comienza el n. 9 del documento que el Papa León XIV nos ofrece sobre el amor a los pobres. Un grito como el de la viuda del evangelio de este domingo.

Sabemos que una mujer viuda era expresión de la indefensión, de la falta de cuidados, sin un varón que se hiciera cargo de ella. Huérfanos y viudas en el pueblo de Jesús eran el rostro de la pobreza. Esta mujer, de la que no conocemos su nombre, pide al juez que le haga justicia por mucho tiempo, hasta que por fin, de tanto insistir en lo que es su derecho, lo consigue. Lo que más repite esta parábola, que inicia con la invitación a orar sin desanimarse, es “hacer justicia”.

Nuestro Dios Padre y Madre no es un Dios sordo o distraído a quien haya que despertar con nuestra insistencia. A lo largo de todo el Antiguo Testamento los profetas recuerdan que Dios escucha el clamor de su pueblo, se conmueve por tus gritos de opresión y se abaja para liberar, para suscitar colaboradores que abran caminos de vida abundante; su alianza de amor y fidelidad es inseparable del compromiso por la justicia y la compasión hacia aquellos que más sufren. Así será la vida de Jesús de Nazareth, capaz de escuchar los gritos de los leprosos, de la mujer que clama por su hija; de ver los gestos que gritan, como el de los amigos que acercan al paralítico desde el techo; también de quienes gritan en silencio cansados de esperar, como el enfermo tendido junto a la piscina, o la mujer encorvada; y tantos gritos anónimos recogidos en su grito en la cruz. El Reino es de quienes tienen hambre y sed de justicia, de los que trabajan por la paz, de quienes son capaces de atender los gritos de quienes están solos, hambrientos, desnudos, presos, enfermos; de quienes buscan un lugar donde poder vivir con paz y dignidad.

Caminar con Jesús hoy nos pide escuchar estos gritos, no acostumbrarnos a tantas formas explícitas o sutiles de injusticia que silencian y que descartan la vida de tantas personas. Insistir es lo contrario a dejarnos llevar por el desaliento, por el *nada podemos hacer*, por el *nada cambiará con mi pequeño aporte*. Es buscar juntos una y otra vez, empecinadamente, los modos de entrelazar los hilos de una trama más humana, más comunitaria, más inclusiva, más escuchadora de lo que cada realidad tiene para dar de sí como riqueza única para todos, dando cabida a una vida más posible de ser vivida para quienes la tienen más difícil.

Pidamos que nuestra oración, nuestras celebraciones, nuestra escucha de la Palabra y el partir el Pan, sean ocasión para sintonizar con el modo de ser y vivir de Jesús nuestro hermano y compañero, para que nuestras pequeñas y grandes decisiones cotidianas posibiliten que la justicia se siga abriendo camino, con nuestra complicidad.

Carina Furlotti